

DEL CUADRADO TAPATÍO AL CÍRCULO METROPOLITANO

Luis Felipe Cabrales Barajas

*La ciudad no es el espacio neutro
donde están la cosas y los hombres;
la ciudad es los hombres y las cosas,
las cosas y los hombres son la ciudad*
Octavio Paz

Hasta finales de los años cuarenta, Guadalajara era la ciudad de los cuatros. En sincronía con la década, la superficie urbana rondaba las cuatro mil hectáreas. La escala humana permitía percibir a una ciudad con cuatro costados. Más aún, la cuadratura encontró un símil en cuatro plazas que crucificaron la Catedral.

Ha pasado medio siglo, las cuadraturas se han desfigurado pero la mentalidad colectiva sobre la ciudad es lo único que al parecer se mantiene cuadrado. La metropolización no ha encontrado sincronía en la creación de mecanismos de reflexión colectiva y la consecuente operativización de acciones metropolitanas. Mientras que la realidad urbana ha transitado a cien kilómetros por hora, los intentos por ordenarla han avanzado a una velocidad de treinta kilómetros por hora.

La Guadalajara de los límites más o menos estrechos

es distinta a una zona metropolitana de alcances flexibles y a veces intangibles gracias a las innovaciones tecnológicas, la apertura comercial y las nuevas formas de producir ciudad. La aglomeración urbana está física y funcionalmente delimitada por un enorme aunque indefinible círculo que desconoce aquel cuadrado que ahora permanece enterrado.

El círculo no tiene lados, o éstos son infinitos, según se le mire. Sin embargo, los geómetras han enseñado a dividirlo en 360 rebanadas. La cotidianidad se convirtió en una venda que impidió observar y enfrentar el cambio de ciudad provinciana en área metropolitana.

Al igual que otras grandes áreas metropolitanas, Guadalajara presenta realidades múltiples desde el punto de vista social, económico y cultural. Dicho abanico de escenarios urbanos exhibe una fragmentación que obliga a entender cada trozo urbano

con un sistema de codificación especial que permita una "traducción global simultánea" para comprender la ciudad en conjunto. Eso no se ha hecho, la realidad nos ha rebasado.

Esta valoración ciertamente es injusta si se reconocen algunos de los logros de la ciudad, pero es válida si se mira crudamente la realidad metropolitana. También es verdad que los avances y fracasos han sido producto de generaciones por las que nadie con nombres y apellidos podría o querría responder. En todo caso la reflexión debe orientarse al establecimiento de compromisos por parte de las generaciones actuales.

Para entender la realidad metropolitana no basta colocar en la balanza las cosas "bien hechas" y "mal hechas". A veces las cosas "no hechas" son las que más aclaran. Desde la experiencia caraqueña, Marco Negrón afirma que "los proble-

* Profesor-investigador del Departamento de Geografía del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. El texto corresponde a una ponencia presentada en el Seminario Regional sobre Desarrollo Metropolitano y Gestión Social, efectuado en Guadalajara los días 7, 8 y 9 de diciembre de 1994.

mas de las grandes ciudades latinoamericanas están asociados al desgobierno y a la ausencia de estrategias bien definidas", antes que al excesivo número de habitantes.

Aunque el esfuerzo planificador ha sido loable en algunas etapas, de sus resultados perdurables hasta los actuales días no puede afirmarse lo mismo; en su momento, el Concejo de Colaboración Municipal (1943), la propuesta de Ley de Mejoramiento Urbano (1947), la Ley de Planeación y Urbanización y la Ley de Fraccionamientos (1959), y el estudio de Funciones Urbanas (1974) fueron iniciativas plausibles en etapas tempranas. En años recientes destacan El Plan de Ordenamiento de la Zona Metropolitana (1981), los Planes Parciales y la Ley de Desarrollo Urbano (1993).

La crisis de ideas y de resultados proviene de las últimas dos décadas, cuando se supone que la planeación se apoya en andamiajes jurídicos e institucionales más sólidos; no obstante, coincide con crisis económicas y sobreimposición de programas desde el centro que inhiben el ingenio; esa cualidad creativa que no debe despreciarse en la planeación y que sólo aflora donde están los problemas concretos, no se puede imponer desde fuera.

Las acciones recientes no se han traducido en estructuras operativas para hacer funcionar la planeación a un nivel de incidencia concreta sobre la realidad material y

social de la ciudad: pienso en políticas fiscales que permitan a los ayuntamientos retener y reinvertir una mayor proporción de impuestos, canales de participación de las organizaciones vecinales autónomas, mecanismos que concilien los conflictos de usos de suelo entre arraigados vecinos con manos atadas y grandes comerciantes arribistas y operadores inmobiliarios cuyo tronido de dedos es respetado sumisa e irreflexivamente; todos cabeamos en este círculo metropolitano pero hay que definir las reglas del juego.

Una de las asignaturas pendientes sigue siendo la ausencia real de una autoridad metropolitana. Persisten balbuceos de coordinación entre los diversos ayuntamientos metropolitanos y desarticulación con las estructuras institucionales del nivel estatal y federal.

La creación de la Procuraduría de Desarrollo Urbano, que tantas expectativas levantó, se ha visto limitada por carencia de recursos para trabajar, demostración fiel de la incipiente fase en la que se encuentra. Es como si ante un cáncer se vacilara en pagar a un especialista; el tuitubeo sólo tendría dos posibles explicaciones, se quiere ignorar el cáncer o se goza de un masoquismo perverso.

En estos momentos en que sus 360 puertas están abiertas, la zona metropolitana no puede continuar sin un proyecto de ciudad. No debe olvidarse que las puertas sirven para entrar, pero también para salir. Es necesario desechar aquel mito de "la gran ciudad articuladora del occidente del país"; la arrogancia territorial de Guadalajara debe jubilarse. Prolongar esa visión ha hecho daño; pareciera que la gracia divina de





su arraigo católico le confería el derecho gratuito de estar en el centro de la mirada y ser un imán para los provincianos jaliscienses no metropolitanos, así como para los nayaritas, zacatecanos, acualidenses, guanajuatenses, michoacanos y colimenses.

El modelo de acumulación capitalista que engendró semejante concepto ha quedado atrás. Algunas ciudades de esta gran región del país no sólo se han emancipado del yugo tapatío sino que se han convertido en dignas competidoras: basta con asomarse a Aguascalientes. Y es que esa competencia tiene que ver más con la articulación de cada sector en la economía-mercado global o regional y la procedencia de los capitales, que con el "rango-tamaño", concepto que muchas veces iba acompañado de la noción de que mientras más grande es una ciudad en mejores condiciones estaba de reproducir el crecimiento económico e irradiarlo en

cascada a su entorno. Eso no es tan cierto, o por lo menos está en duda a la luz de las experiencias de las últimas décadas.

Ahora que el crecimiento demográfico se apacigua, se abre una oportunidad de perfilar la planeación urbana en otros términos. La ciudad ya no es, como en los años sesenta y setenta, un epicentro regional único de gran expansión industrial y demográfica, aunque la población sigue creciendo lo hace bajo tasas más discretas. Pero no hay que confundirse ni engañarse, las experiencias de otras áreas metropolitanas han demostrado que aun presentando crisis económicas y crecimientos demográficos decrecientes, la expansión territorial lejos de retraerse, se incrementa.

En el caso de Guadalajara ha sido evidente que durante los años noventa, una vez recuperada la estabilidad económica y dibujada la política de apertura internacional, se

han producido nuevas maneras de modelar la ciudad; muchas veces ancladas en suelo interior ocioso o bordes urbanos que durante los años ochenta mantuvieron plusvalías expectantes que despertaron al estímulo del capital solvente -al tiempo que se prolongaba y consolidaba el modelo de autoconstrucción, que en Guadalajara se presentó tardíamente- y a la ciudad precaria del capital insolvente al amparo de una política urbana permisiva y clientelista.

El capital privado inmobiliario (nacional y extranjero) y los numerosos pequeños ejércitos de autourbanizadores son los que han llevado la batuta en la configuración de la ciudad metropolitana.

Bajo las actuales circunstancias el capital privado está ganando posiciones como inversionista, promotor e incluso administrador de servicios urbanos -a los que antes se les llamaba públicos-. El proceso ofrece oportunidades de lograr eficiencia, pero también el riesgo de alejarse cada vez más de la equidad y caer en criterios antisociales en aras de la rentabilidad; es aquí donde el Estado tiene que ponerse la camiseta de árbitro-gestor y mandar a la lavadora la camiseta de delantero.

Al restringir su papel a un nivel de intermediación, la práctica de planeación urbana y regional, que durante los sexenios de López Portillo y Miguel de la Madrid adquirió un tono grandilocuente, ahora debe orientarse hacia ob-

jetivos más concretos y precisos pero socialmente concensados. Es necesario concertar con capitalistas privados, urbanizadores populares y la ciudadanía en general, ante lo cual es impostergable afianzar las autonomías locales, incluida la hacendaria. La planeación bajo esta nueva óptica estará así en mejores condiciones de probar su eficacia porque será más factible medir y evaluar sus resultados y dar cuenta de ellos a la opinión pública, bajo la inspiración de la planeación estratégica de corte selectivo pero realista.

La metrópoli necesita romper inercias nefastas que han llevado a la degradación de su centro histórico, lograr el respeto del uso habitacional de colonias que fueron emblema de "ciudad bien hecha" y ahora se infestan de comercios y grandes edificios que reducen la calidad de vida.

También se necesita discernir sobre el alarmante proceso de segregación vergonzosa que por un lado ve multiplicar indefinidamente los asentamientos precarios y por otro, crea diseños urbanos que están amurallando medievalmente los espacios de la burguesía; en aras de la seguridad y exclusividad se está rompiendo con la continuidad urbana, la libre circulación por las calles se está cancelando; basta consultar la oferta residencial para darse cuenta de la dimensión del fenómeno y el discurso ideológico que se vende junto con las "bardas perimetrales".

Como si la desproporción en los niveles de ingreso no fuera suficiente, el diseño urbano se agrega como vehículo diferenciador: el planteamiento debe invertirse, la ciudad tiene que utilizarse como mecanismo redistribuidor ante los escollos para hacerlo desde la política salarial. Debe operar un sistema de transferencias urbanas que configure un modelo estructural alentado en la dignificación de la ciudad, en vez de caer en coyunturales políticas urbanas asistencialistas.

La ciudad debe idear formas para conciliarse con un entorno valioso: ¿cuantas ciudades cuentan en su región con un telón de fondo tan espectacular como la barranca de Oblatos, un bosque como La Primavera, un lago como el de Chapala o una laguna donde acuatizan patos canadienses?

La zona metropolitana de Guadalajara debe aprovechar la nueva vecindad con las ciudades jaliscienses del interior que le confiere las nuevas autopistas. La retórica ha excedido a las políticas reales de impulso a las "ciudades medias"; cuando el discurso comenzó, hace ya un par de lustros, estas ciudades efectivamente ofrecían atractivas ventajas, pero el costo de oportunidad se está perdiendo irremediablemente: ahora han ingresado al club de la anarquía urbana, que se refleja entre otras cosas en fases especulativas de suelo urbano, que a veces resulta más inaccesible que el de Guadalajara.

El esperado dinamismo económico de las miniciudades jaliscienses, a partir de capitales extrajaliscienses, debe considerarse como una posibilidad azarosa y por tanto imprevisible -por su especialización turística. Puerto Vallarta es una "ciudad postiza" que responde a otra lógica-, pero estas ciudades deben sustentar su margen de seguridad en una política que engarce los intereses de la zona metropolitana de Guadalajara con las regiones interiores.

Cosas que en Guadalajara faltan en las pequeñas ciudades jaliscienses sobran y viceversa. Por ingenua y mecánica que resulte la observación, debe estimular los esfuerzos por dibujar una filosofía urbano-regional en la que los objetivos para la zona metropolitana de Guadalajara, para las demás ciudades jaliscienses, y para Jalisco en conjunto, se inscriban dentro de un mismo círculo conceptual que valore los contenidos intrínsecos de cada región jalisciense, resuelva las eternas contradicciones entre la política económica sectorial y la política urbano-regional y haga realidad un nuevo federalismo.

Ojalá que las generaciones del siglo XXI imaginen a los ciudadanos de este final del XX como gentes con ideas y acciones redondas y no como seres de cabeza cuadrada. •